

## “LA CARGA DEL HOMBRE BLANCO”: RUDYARD KIPLING Y EL IMPERIALISMO BRITANICO (1850-1920)

Rodrigo Quesada Monge\*

*“Pues no hay gloria mayor que pueda legarse a la posteridad que conquistar a los bárbaros, rescatar a los salvajes y paganos a la civilidad e integrar a los ignorantes en la órbita de la razón”.*

Richard Hakluyt (1584)

### PROEMIO

Vamos a tratar de reflexionar con nuestro lector, en torno al imperialismo británico, de la mano de uno de sus más queridos escritores, y también uno de sus más lúcidos ideólogos. Premio Nobel de Literatura de 1907, Rudyard Kipling (1865-1936) puede ser un analista de gran utilidad para comprender con cierta amplitud las verdaderas intenciones del imperialismo británico, durante la segunda parte del siglo XIX,

es decir, entre los años que van de 1850 a 1920; aunque en esta ocasión nos concentraremos en el estudio del período 1880-1914.

Puede parecerle extraño al lector que habremos de siglo XIX y nos estemos extendiendo hasta 1920, pero resulta que para los historiadores las cronologías cumplen un propósito académico, y el hombre de la calle no sabe de ellas, por lo tanto, para él, el siglo XIX se inicia con el año 1900, cosa sólo parcialmente



Rudyard Kipling

cierta. Más todavía cuando nos encontramos con el problema de que por estos años los imperios se dan el lujo de establecer cuáles fechas y cuáles cronologías son las que realmente importan. Eso es hacer buen imperialismo: redefinirle hasta el funcionamiento de los ca-

lendarios a los pueblos bajo su control, como harían los británicos durante la ocupación de la India<sup>1</sup>. De tal manera que llegado el momento, incluso las cronologías pueden cumplir un propósito político. Un pueblo al que se deja sin posibilidades de medir y controlar su propio tiempo, está esclavizado en dos de los aspectos fundamentales de su cotidianidad: el trabajo y el ocio<sup>2</sup>.

Pues bien, nuestra idea en esta oportunidad es tomar el caso británico como un excelente ejemplo de la forma en que el imperialismo puede funcionar en el nivel de la lógica del sistema capitalista, y en el de su historia. Rudyard Kipling sería aquí nuestro anfitrión para orientarnos en el

\* Historiador costarricense con publicaciones sobre el imperialismo en América Central y el Caribe.

1. Patnaik, Prabhat. "Imperialism and the Growth of Indian Capitalism". En Owen, Roger y Sutcliffe, Bob. *Studies in the Theory of Imperialism* (Londres: Longman. 1972). Pp. 210-225.

2. Lowe, Donald M. *Historia de la percepción burguesa* (México: Fondo de Cultura Económica. 1986). Pp. 71-117.

laberinto de proyectos, metas y aspiraciones que tenía el imperio británico, particularmente en algunas regiones del mundo. La India, África Occidental y ciertos países de América Latina bien pueden ser estudiados con la inspiración "kiplingiana", que reside en esa distinción incuestionable para nuestro escritor, entre civilización y barbarie<sup>3</sup>. Kipling, quien posiblemente nunca leyó a Sarmiento, es un ejemplo claro de esa visión maniquea que tienen los imperios, y sobre todo los imperialismos, respecto a los pueblos que consideran "bárbaros".

El asunto es que en Kipling esto no siempre está abiertamente expresado. En su poema de 1899, *The White Man's Burden* (o "La carga del hombre blanco", según una traducción muy libre, dado que bien podría decirse también "La responsabilidad del hombre blanco"), el célebre autor inglés parte de la base de que es una obligación de los pueblos civilizados llevar la cultura y el progreso material a quienes carecen de ellos, pues, generalmente, esta gente es tan ignorante que no se da cuenta de las necesidades que tiene (véase una traducción nuestra del poema mencionado, al final de este ensayo)<sup>4</sup>. Los temas entonces, para este ensayo, serán los siguientes:

1. Conocer un poco al escritor británico, nacido en la India (Bombay) en 1865, y tratar de explicar a través de algunas de sus obras, tales como *The Jungle Book* (I y II: 1894 y 1895, respectivamente), y determinados poemas, escritos con propósitos muy concretos, en momentos muy específicos también, las verdaderas pretensiones del imperialismo británico en su segunda etapa, es decir, en los años 1850-1920. Más que el motivo real de nuestras reflexiones y críticas, Kipling será un anfitrión. El mejor, tal vez, para acercarnos un poco al imperialismo británico.
2. Siempre de la mano de Kipling, exponer y criticar, hasta donde sea posible, los

contrastes que se establecerían entre ciertas teorías del imperialismo (decimonónicas) y los verdaderos resultados de las prácticas imperialistas en sitios muy bien definidos: la India, África Occidental y América Latina.

3. Valorar la reacción provocada por los trabajos pro imperialistas de Kipling y las enseñanzas que nos dejan ambos lados de la moneda, en el conjunto del pensamiento antiimperialista.

### RUDYARD KIPLING Y LA LITERATURA PARA NIÑOS

La obra de Kipling es una obra estética importante, que abarca prácticamente todos los géneros literarios conocidos. Escribió ensayos, hizo reportajes, libros de viajes, cuentos, novelas cortas, poesía y literatura para niños<sup>5</sup>. Sin embargo, para muchos lectores y analistas ingleses y anglosajones en general, Kipling fue sólo un escritor de literatura para jóvenes y niños. Aunque alguien bien podría decir que este no es un asunto por el cual sentirse desilusionado, si recordamos la maravillosa literatura para jóvenes escrita por talentos como Oscar Wilde (1854-1900), Saint-Exupéry (1900-1944) o Lewis Carroll (1832-1898), sólo para mencionar a unos cuantos. Con Kipling la cuestión era distinta porque él se sentía incómodo cuando consideraban sus trabajos de esa manera, pues se pensaba subestimado<sup>6</sup>. Sin embargo, la profundidad de este tipo de sentimientos era compensada con lo bien pagado que era su trabajo, sobre todo cuando empezó a interesar notablemente a directores cinematográficos del calibre de John Huston (1906-1987) en Hollywood. El imperio siempre ha pagado bien a sus ideólogos<sup>7</sup>.

Kipling nace y hace su vida de escritor durante gran parte de la era victoriana (Victoria reina en Inglaterra entre 1837 y 1901)<sup>8</sup>. El último baluarte de un criterio imperial que ya

3. Kipling, Rudyard. *The Jungle Book* (volúmenes I y II). (Londres: MacMillan. 1894 y 1895). En cualquiera de los capítulos de estos libros será fácil encontrar testimonios de este asunto.

4. La versión que hemos usado es la publicada por Zwick, Jim en Internet. *Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935*. <http://www.accinet.net/fjzwick/ail98-35.html>. 1996.

5. Tébar, Juan. Apéndice a la obra de Kipling *El libro de la selva* (Barcelona: Anaya. 1995). Pp. 227-250.

6. *Idem. Loc. Cit.*

7. *Idem. Loc. Cit.*

8. Karshtedt, Dmitry. "Complete Collection of Poems by Rudyard Kipling". En *Internet-Poetry Lovers Page* (<http://www.rit.edu/exb1874/mine/kipling/kipling.html>). 1996.

había colapsado a finales del siglo XVIII en la mayoría de los estados europeos de tradición monárquica, el reinado de Victoria se llena de nostalgia, de inhibiciones, represión y gestos rituales que ya se consideraban periclitados hacía rato, con el afán ingenuo de recuperar las viejas glorias isabelinas<sup>9</sup>. En realidad, el reinado de Victoria es la larga crisis de la monarquía de viejo estilo (el del siglo XVIII), y el anuncio de un nuevo tipo de monarquía que se sabe servir bien de las delicias materiales que puede ofrecer la burguesía. Kipling sabía bien de estos asuntos, y un grueso importante de sus escritos quiere retener el viejo sabor de la monarquía, mezclado con las obsesiones materiales del mundo burgués<sup>10</sup>. Entre Charles Dickens (1812-1870) y Mark Twain (1835-1910), Kipling recoge con su quehacer literario los traumas sociales, políticos y culturales que la revolución industrial hizo gravitar en el primero, y las ambigüedades racistas del segundo<sup>11</sup>. Apreciado entrañablemente por G.K. Chesterton (1874-1936) y Jorge Luis Borges (1899-1986), en el brillante escritor inglés ellos también hallaron al talentoso y fino ideólogo, que con sus ensayos, novelas, cuentos y poemas supo cantar la aristocracia del intelecto y de la civilización maquinista<sup>12</sup>. Pero es en Robert Louis Stevenson (1850-1894) donde Kipling encontrará ese perfil cienfiento y vaporoso de la literatura de aventuras. Aunque la habilidad para ocultarse, que aquél logró con años de retiro en Tahití, jamás fue una virtud en el caso de Kipling, a quien siempre se le notaron sus complejos, sus vergüenzas y sus frustraciones infantiles<sup>13</sup>. Por eso es que algunos de los críticos sostienen que nunca entendió a Stevenson, porque sólo vio en sus libros la intriga de la argumentación, antes que el tremendo dolor que le producía a un moribundo saber que escribía intensamente sobre algo que se le estaba yendo rápidamente: la vida<sup>14</sup>.

9. *Idem. Loc. Cit.*
10. Lowe, Donald. *Op. Loc. Cit.*
11. Incuestionablemente, la mejor fuente de información sobre este autor es el trabajo de Zwick, Jim, para Internet. *Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935*. [Http://www.acinet.net/fjzwick/all98-35.html](http://www.acinet.net/fjzwick/all98-35.html). 1996.
12. Karshedt, Dmitry. *Op. Loc. Cit.*
13. *Idem. Loc. Cit.*
14. Borges, J.L. y Vázquez, M.E. "R.L. Stevenson en la literatura inglesa". En *A propósito de Stevenson y su obra. Presentación de la obra de Robert Louis Stevenson. Juego de niños y otros ensayos* (San José: Norma. 1990). Pp. 29-30.

El código estético de Kipling tiene un enfoque maniqueo de la relación entre literatura y realidad. La metáfora principal, el mundo de la selva, está estrechamente amarrada a un argumento ideológico esencial: los animales y las plantas deben pasar antes por un proceso de "antropomorfización", para que la civilización tenga sentido en aquellos lugares donde se les acepta como son<sup>15</sup>. Esta aceptación es imperdonable, porque atenta contra la civilización. Por lo tanto, civilizar el mundo de la jungla (con todas las implicaciones que ello tiene) significa, fundamentalmente, primero "antropomorfizar" al niño salvaje, darle forma humana, porque debido a su desarrollo en la selva carece de lenguaje y de códigos de comunicación social aceptables, es decir, civilizados<sup>16</sup>. La parábola del buen salvaje, en Kipling tiene a un buen expositor y defensor. *Kim de la selva* es el sueño del escritor británico que aspira a que la idea de humanidad que tiene el imperio sea puesta en práctica lo más pronto posible, en todos aquellos lugares donde la selva no deje crecer al hombre<sup>17</sup>.

Pero hombres y animales se parecen y se comprenden bien en las novelas de Kipling, siempre y cuando las pasiones humanas den paso a la humanización que prometen la ciudad y el dinero de la civilización burguesa<sup>18</sup>. El niño salvaje (*Mowgli* o cualquiera de su talante) es sólo una excusa para graficar la urgencia que tenía Kipling de contribuir al proceso civilizatorio en el que estaba involucrado el imperio británico<sup>19</sup>. Un proceso que no acaba ni termina con la reina Victoria, ni con el auge o la expansión de la revolución industrial, porque la cultura burguesa ya había comprendido que los parámetros de percepción del universo social y físico, en los que venía trabajando desde el siglo XVII, podían ahora ser impuestos sin la violencia o la brutalidad del pasado<sup>20</sup>.

15. Kipling, Rudyard. *Stalky & Co.* (Londres: MacMillan, 1899). Pp. 34-68.
16. *Ibidem. KIM* (Londres: MacMillan. 1901). P 134.
17. *Idem. Loc. Cit.*
18. *Ibidem. The Book of the Jungle* (1894). *Loc. Cit.*
19. *Ibidem. Stalky & Co. Loc. Cit.*
20. Thornton, A.P. "Imperios de ultramar. El siglo de la hegemonía mundial de Europa". En Briggs, Asa. *Historia de las civilizaciones. El siglo XIX*. Vol. 10 (Madrid: Alianza. 1989). Pp. 303-338.

Resulta entonces que, de la forma en que Kipling articula su metáfora, de la misma forma la burguesía está articulando su percepción de la vida cotidiana. Es un salvaje todo aquel que todavía no haya aprendido la relación posible entre objetos "antropomorfizados" y sujetos (o animales) atrapados por la jungla<sup>21</sup>. En lengua inglesa los contrastes en la connotación de sentido entre el término *jungle* (*jungla*) y *forest* (*selva o bosque*) son considerablemente más fuertes, que en español, donde son sustituibles. Un individuo atrapado por la jungla será un individuo infeliz, limitado, abrumado por sus bajos instintos, un *yaju*, según la terminología inventada por Jonathan Swift (1667-1745) en su obra *Los viajes de Gulliver*, para referirse a la persona insensible, incapaz de disfrutar de los frutos de la civilización<sup>22</sup>. El bosque estaría así más cerca del escenario burgués que la jungla, la cual invoca la presencia de solo una regla posible: matar para sobrevivir.

El rescate de los pobres infelices que habitan la jungla puede darse en dos direcciones, salvando del espíritu primitivo que la invade cuando menos a una persona, llámese Kim, Tarzán o Mowgli, o llevando la civilización a esos umbrales de primitivismo, barbarie e ignorancia, con la fuerza de la convicción primero, y sirviéndose de cualquier otro recurso después, si se hace necesario. En este sentido, la obra de Kipling es inigualable<sup>23</sup>.

## LOS MOTIVOS DE LA JUNGLA

Kipling vivió varios años en los Estados Unidos, durante la década de los noventa<sup>24</sup>. Fue en ese momento cuando, en razón de la invasión a Filipinas por los norteamericanos y en los inicios de una cruenta guerra que se prolongaría hasta 1902, se le ocurrió escribir el célebre poema al que hemos hecho referencia más arriba ("La carga del hombre blanco")<sup>25</sup>. Junto a otras de sus piezas líricas, tales como *An American* (1894) y *Recessional*

(1897), ese poema llegó a convertirse en la expresión más acabada de las ideas imperialistas británicas del momento, pero inevitablemente también de los estadounidenses<sup>26</sup>.

Aunque la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos arremetió de una manera feroz contra las propuestas pro imperialistas que hacía Kipling en su literatura, el apoyo que recibió por parte de la gran prensa norteamericana fue decisivo para justificar lo que los *marines* hacían en Filipinas y otras partes del mundo<sup>27</sup>. Pero es muy curioso, en Gran Bretaña el trabajo literario de Kipling era asumido con una gran naturalidad, tal y como le sucedía a Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930), el creador de *Sherlock Holmes*. Para los británicos, desde el siglo XVI, a este tipo de apolo-gistas, bien pagados y protegidos por la Corona, se los veía como algo institucionalizado, tan bien integrados en la maquinaria ideológica del sistema que, cuando a un crítico del estilo de John A. Hobson se le ocurrió escribir, en 1902, su famoso texto sobre el imperialismo, el mundo académico británico lo repudió y ridiculizó de tal manera que el autor prácticamente se quedó sin empleo<sup>28</sup>.

Hay que aclarar, antes de continuar, que los supuestos antropológicos del imperialismo estaban debidamente asentados para cuando Kipling nos hablaba de los nobles proyectos del imperio británico, por atraer hacia la civilización burguesa a los pueblos de América, Asia y África<sup>29</sup>. Entre 1492 y 1850 podemos encontrar la primera etapa de ese proceso de asentamiento teórico que mencionamos, entre 1850 y 1950 la segunda etapa<sup>30</sup>. Aquí, la supuesta teoría de los dos imperios abre paso, más que nada, a un asunto histórico antes que eminentemente teórico. Los ideólogos al estilo de Kipling aplicaron los resultados y las lecciones adquiridas en la primera etapa a la segunda, y de esta forma colaboraron a

21. Kipling, Rudyard. *Stalky & Co.* Loc. Cit.

22. Swift, Jonathan. *Los viajes de Gulliver* (México: Cumbre, 1985). Cuarta Parte. Capítulo I. P. 223.

23. Kipling, Rudyard. *KIM*. Loc. Cit.

24. Karshedt, Dmitry. Loc. Cit.

25. *Idem*. Loc. Cit.

26. El archivo abierto para Internet por Zwick, Jim (Loc. Cit.) es indiscutiblemente el mejor respecto a la situación de Filipinas en la guerra de 1899-1902.

27. *Idem*. Loc. Cit.

28. Hobson, John A. *Imperialism* (Londres: MacMillan, 1902).

29. Fieldhouse, D.K. *Economics and Empire. 1830-1914* (Londres: MacMillan, 1984). Véase particularmente el capítulo 6 de la segunda parte.

30. *Ibidem*. Loc. Cit.

diseñar un perfil imperial que reposaba, junto a la explotación despiadada de los pueblos sometidos, en el estilo de vida y en las componentes que pudieran fraguarse entre los ricos imperialistas y los ricos subyugados<sup>31</sup>. Las autoridades gubernamentales, por llamarlas de alguna forma, en la India por ejemplo, le pagaban grandes cantidades de dinero a los británicos en su propio país, para que cuidaran y desarrollaran sus instituciones. Cuando Kipling habla de la obligación de los hombres civilizados por evitar las hambrunas en los países colonizados, uno no puede dejar de pensar en lo ridículo que esto suena, sobre todo si pensamos en la que mató a más de diez millones de personas, a finales del siglo pasado, en la India que él decía amar tanto<sup>32</sup>. Mientras, los colonialistas no padecían este problema y engordaban generosamente.

El enfoque providencialista del imperialismo británico, sobre la obligación de los pueblos colonizados de pagar por los beneficios que reciben del poder imperialista, no es nada nuevo. Los romanos ya se habían servido del mismo tratamiento<sup>33</sup>. El problema es que, la Corona británica, con su afán mojigato por aparecer ante la comunidad mundial como muy preocupada por el bienestar de las colonias bajo su tutela, se sirvió de las armas solamente en el último trance, cuando las salidas políticas o diplomáticas en el país sometido no dejaban otra alternativa<sup>34</sup>. Siempre le funcionó muy bien la táctica de "divide y vencerás", como sucedería en América Central<sup>35</sup>.

Para hombres como Stevenson, Kipling o Conan Doyle, sólo para mencionar unos cuantos, el imperialismo británico no era una realidad tangible, sino sólo en la medida en que pudieran vivir bien en Tahití o Bombay, y dar rienda suelta a los vicios urbanos de la Inglaterra victoriana, tales como la práctica de un espiritismo frívolo, que sólo tenía solución estética en los delirios esnobistas por el

psicoanálisis de un Conan Doyle, por ejemplo. Para ellos era perfectamente natural que los nativos de África, América o el Pacífico pagaran para que ellos pudieran beber, comer y divertirse a plenitud, sin los complejos y las limitaciones que establecía una burguesía gazmoña, a quien lo mismo le daba condenar a Oscar Wilde por sus inclinaciones sexuales, que a un rey aborigen de Samoa por las mismas razones.

Estaba escrito que, desde el momento en que Isabel I, por ejemplo (en el siglo XVI), entraba en negociaciones bursátiles con los piratas que vivían de saquear los galeones españoles que atravesaban el Atlántico, era posible articular un tipo de práctica colonialista que sustentaría de manera impecable todo el aparato ideológico, el cual la Corona británica terminaría por heredarle a la burguesía del siglo XVIII<sup>36</sup>. En estas circunstancias, era bien visto tener gustos muy sofisticados en la vida cotidiana, y al mismo tiempo vivir obsesionado con la impertinencia y el irrespeto de los pueblos habitantes de las junglas y las selvas. Por eso Marx sostenía que el colonialismo británico cargaba consigo una contradicción insoluble en el corto plazo: llevar la civilización burguesa a los pueblos primitivos, significaba también explotarlos y participar con ellos en el proceso de acumulación mundial que, a la larga, suponía tener que colaborar en su liberación, cuando otras potencias entrarán en el mismo mecanismo de explotación a escala internacional<sup>37</sup>. Para la Corona británica, Gandhi fue un accidente, nunca un adversario y mucho menos un proyecto político digno de tomar en cuenta<sup>38</sup>. El nacimiento de Pakistán así lo confirma.

Los Estados Unidos no actuarían de manera diferente, ni en el Caribe ni en el Pacífico. Por eso le resultó tan placentero a Kipling escribir sobre "la carga del hombre blanco". Las coincidencias que encontró entre la situación de la India y las Filipinas fueron tales, que lo condujeron a superponer los proyectos civilizatorios de su país y

31. *Ibidem. Loc. Cit.*

32. Karshedt, Dmitry. *Op. Loc. Cit.*

33. Pagden, Anthony. *Lords of all the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain, and France 1500-1800* (Yale University Press, 1995). Sobre todo el capítulo I.

34. *Ibidem. Loc. Cit.*

35. Quesada Monge, Rodrigo. *Recuerdos del imperio. Los ingleses en América Central. 1850-1915* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional de Costa Rica, 1998).

36. Fieldhouse, D.K. *Op. Loc. Cit.*

37. *Ibidem. Loc. Cit.*

38. Bourtembourg, Pierre. *Gandhi* (México: Renacimiento, 1963). Capítulo XIV.

el de los norteamericanos<sup>39</sup>. Este último no venía a estar justificado por las glorias del pasado, sino por las del futuro. Para los Estados Unidos, el imperio estaba por construir, y en ello Kipling quería ayudarlos, pues los beneficios que Inglaterra había recibido de la India, de Egipto y Sudáfrica eran tales, que no era posible dejar desamparados a los pueblos pobres del planeta, sin la tutela generosa y humanística del capitalismo imperialista<sup>40</sup>. Esto lo decimos sin ironía, porque resulta que Kipling realmente así lo pensaba. No se le cantan odas a la reina Victoria por simple patriotismo, sin que éste repose ciertamente en toda una construcción ideológica de inspiración nacionalista poco común<sup>41</sup>. El poema *Recessional* (1897), compuesto en el jubileo de los sesenta años de Victoria como monarca del Reino Unido, es la más clara definición de lo que constituye una apología del imperio<sup>42</sup>. Es la santificación de todas sus consecuencias para el país imperialista, menos para el que resulta perjudicado. Habida cuenta de que todo es legítimo en este tipo de prácticas, para Kipling la sacrosanta actividad del imperio inglés en diferentes partes del mundo nada tiene que ver con las objeciones que puedan oponer los pueblos victimados<sup>43</sup>. Era el mismo principio utilizado por los romanos, en la medida en que para éstos el mundo era el mundo romano y nada más. De ahí en adelante, o fuera del perímetro establecido por ellos, todos los demás eran bárbaros. Hacerlos ciudadanos, convertirlos en "civiles", es decir, en sujetos de civilización, para los romanos suponía todo un largo proceso de educación que implicaba luego, para los cristianos, y sobre todo para los españoles en América, una sumisión absoluta a la autoridad de Cristo y del emperador, y una renuncia irrevocable de la propia cosmovisión. Aún así, hombres como Bartolomé de las Casas, Domingo de Soto, Diego Covarrubias y Leyva, y Fernando Vázquez de Menchaca, en pleno siglo XVI objetaron con una seriedad y sensibilidad humanística los



Theodore Roosevelt

meros fundamentos ideológicos de los imperios de la época<sup>44</sup>.

Resulta extraño entonces, si no ridículo, que un hombre como Kipling, en pleno siglo XX, nos argumente contrastes entre "civitas" y "barbari". Pero si lo vemos de cerca, el asunto no resulta tan sorprendente, desde el momento en que la "pax christiana", a partir de Justiniano, supuso el desconocimiento más absoluto, civil y moral, de todos aquellos que no formaran parte activa del "imperium". Y ser parte activa del imperio significaba, entre otras cosas, renunciar a la posibilidad de ser uno mismo. Es eso precisamente, lo que Kipling les está recomendando a los pueblos que son "la carga del hombre blanco" para los grandes imperios del momento, sobre todo el británico. La labor civilizadora, moral y justiciera de los ingleses en el siglo burgués por excelencia, el siglo XIX, va unida a la expansión y consolidación del sistema capitalista. A la luz de esta situación, entonces, Roma es el ejemplo a seguir, puesto que a la expansión geográfica, la siguió la dominación económica y política. Obviamente la evocación de Kipling es anacrónica, pero es válida para la promoción de los valores de la civilización burguesa. Y eso supo hacerlo muy bien<sup>45</sup>.

39. Zwick, Jim. *Op. Loc. Cit.* 1996.

40. Hobsbawm, Eric. *The Age of Empire. 1875-1914* (Londres: George Weindenfeld & Nicholson. 1987). Pp. 56-85.

41. Karshedt, Dmitry. *Op. Loc. Cit.*

42. *Ibidem. Loc. Cit.*

43. *Ibidem. Loc. Cit.*

44. Pagden, Anthony. *Op. Loc. Cit.*

45. Karshedt, Dmitry. *Op. Loc. Cit.*

## CAPITALISMO E "IMPERIUM": LA CONTRIBUCION DE KIPLING

Para hombres como Cicerón (106-43 a.C.), Roma era el mundo. En el siglo XVI de nuestra era, y con Carlos V en el trono imperial español (al menos hasta 1556), la misma idea sonaba descabellada para alguna gente. Para los monarcas de Francia e Inglaterra de la época, tal pretensión era además terrorista. Ciertos grandes juristas españoles del momento (como los de Salamanca), algunos humanistas del Renacimiento (como Erasmo de Rotterdam), varios políticos ingleses y filósofos franceses llegarían a pensar que la delirante idea de establecer un imperio universal sólo podía conducir al establecimiento de un gobierno totalitario, y a la instalación de una intolerancia religiosa sin precedentes<sup>46</sup>.

Las riquezas materiales y humanas que América le había brindado a Europa eran una forma de retribución por los dones espirituales que ésta le había facilitado. Los mares, decían los antiguos, habían sido creados por Dios para separar a los hombres, y mantenerlos a distancia unos de otros, con el fin de que no se destruyeran mutuamente. Pero la iniciativa, la inventiva y la inteligencia humanas harían que estas barreras también saltaran en pedazos. La contradicción aparecía entonces, anotaba Kant en el siglo XVIII, porque si los mares fueron puestos ahí con dicho propósito, ¿cómo impedir que los hombres de Europa conocieran a los de América?<sup>47</sup>. O Dios era antiimperialista, o el capitalismo se abriría paso aun contra las mismas disposiciones divinas. En el primer caso, los curas católicos y los pastores protestantes, junto con sus príncipes y sus reyes, llegaron a probar, durante las guerras de religión que azotaron a Europa durante el siglo XVI, que Dios jamás fue antiimperialista. Todo lo contrario, terminaría por ponerse del lado de la injusticia y la opresión, como lo prueba la impronunciable situación de América. Por eso Bartolomé de las Casas terminó como un renegado.

Pero, si la idea del imperio universal entró en franca decadencia para el siglo XVII, a

la luz de las preocupaciones de Felipe II por administrar bien América; y si las riquezas americanas eran una recompensa de los nativos porque los europeos habían sido lo suficientemente inteligentes para descubrir cómo comunicarse con ellos, atravesando mares y océanos, ¿qué sentido tenía el viejo sueño de algunos políticos e ideólogos europeos de crear estados monárquicos que crecieran territorialmente hacia afuera, pero sin que ello los afectara interiormente? Es que ahora el crecimiento territorial suponía modificaciones estructurales en los nuevos patrones de acumulación a escala mundial<sup>48</sup>. Con la tierra no venía el indio necesariamente, pero sí su fuerza de trabajo. Aquí ya estaba plantada la semilla del nuevo imperialismo.

En efecto, cuando Kipling hablaba entonces del aborigen agradecido, y del blanco generoso que evitaba ensuciarse sus manos con las de aquél, no estaba diciendo nada nuevo. La esplendidez del colonialista venía condicionada por la esfera de acción vital que concedía al nativo, con el que estaba en contacto cotidianamente. El aborigen debía agradecerle al colonialista que lo hubiera dejado vivir<sup>49</sup>. Si en un principio el proyecto de la Corona española en América pudo tener carácter de misión, para los anglosajones posteriormente ese propósito fue sólo la excusa para levantar un edificio de brutalidad y saqueo tan bien articulado y complejo, que sólo una ideología igualmente muy bien dispuesta podía haberlo facilitado. Los dispositivos requeridos para la consumación de dicha meta únicamente estaban en manos de una clase social que sabía detectar las riquezas e iría por ellas a cualquier costo. Entonces, el lirismo de Kipling otra vez, en estos momentos puede sonar vacío, pero toda su poesía gira en torno a la lección autobiográfica que supuso haber vivido pendularmente en la metrópoli y en la periferia, escamoteando los complejos de culpa y adobándolos con la salsa del buen vivir promovido por la civilización burguesa, pero facilitado al fin por el trabajo de los nativos. Si esto no está claro, será difícil establecer por qué ideólogos como Kipling no

46. Pagden, Anthony. *Op. Cit.* P. 63.

47. *Ibidem.* *Loc. Cit.*

48. Hobsbawm, Eric. *Op. Loc. Cit.*

49. Pagden, Anthony. *Loc. Cit.*

encuentran ninguna distinción entre imperio y monarquía. La vieja confusión tomista, aunque parezca bizarro, encontraría nuevas fuerzas en el siglo del imperialismo. Nos referimos al siglo XX, porque, notablemente, en su primera mitad, el imperialismo como fase superior del capitalismo se sirvió bien de las enseñanzas instrumentales del viejo imperio romano. Para tal fin, la *pax americana* es meramente la expresión superior de la *pax británica*<sup>50</sup>. Esto también Kipling lo sabía.

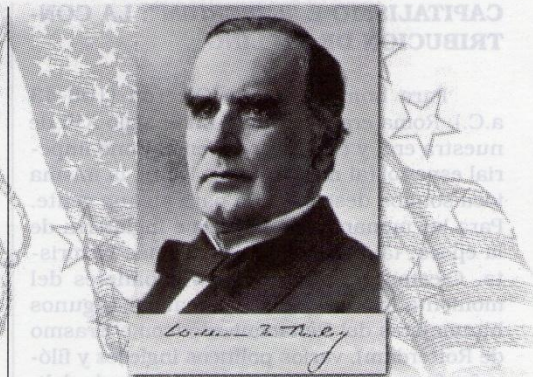
Cuando Manuel Ugarte en algunas de sus obras insistía en que la medida de la opresión imperialista sobre su país, Argentina, la establecían las relaciones comerciales y financieras con los ingleses, no estaba anotando nada que ya no se hubiera oído desde la segunda parte del siglo XIX. Sin embargo, aún bien entrado el siglo XX, ciertos políticos e intelectuales latinoamericanos seguían insistiendo en que tales relaciones imperialistas no existían, que sólo eran delirios bolcheviques<sup>51</sup>. Algo similar se oíría también en África Occidental y Asia después de la Segunda Guerra Mundial. A ese respecto el caso de América Central es realmente patético.

Si hay una región donde los sueños ingleses de "*dominus mundi*" se frustraron de una manera escandalosa, ésa fue la América Central. Aquí, los posibles parangones entre dos de los grandes ideólogos pro imperialistas, Tomasso Campanella (1512-1569) y Rudyard Kipling no sólo se quedan cortos en lo que se refiere a fantasías financieras y comerciales, sino que rebasan los límites de lo razonable en relación con lo que los instrumentos del imperio esperaban poner en práctica en las sociedades centroamericanas.

A los españoles les costó mucho llegar a darse cuenta que vivir su vida en función del "afán de conquista" era increíblemente arriesgado y costoso. Y aunque los ingleses y franceses llegaron antes a esa conclusión, no por más brillantes que los españoles sino por resentidos con la riqueza que la diosa fortuna

50. Cunliffe, Marcus. "El desarrollo de los Estados Unidos. Oportunidades y problemas de un mundo nuevo". En Briggs, Asa. *Op. Cit.* Pp. 339-375.

51. Ugarte, Manuel. *El porvenir de América Latina* (Buenos Aires, Argentina: Editorial de Indoamérica, 1953). Pp. 78-86.



**William McKinley**

había puesto en manos de éstos, verse obligados a trabajar la tierra y a comerciar (en virtud de la ausencia de grandes contingentes de indios o de enormes riquezas materiales), para ingleses y franceses fue una forma de acabar tolerando el ahorro como compulsión. Aquí tiene su origen el mercantilismo. Los centroamericanos, por su parte, en nada se beneficiaron de esa compulsión mercantilista hacia el ahorro, y mucho menos del resentimiento inglés o francés contra los españoles, que en otras partes del planeta se había traducido en grandes plantaciones, ejércitos de esclavos y construcciones masivas de infraestructura<sup>52</sup>. ¿Qué beneficios trajo entonces el imperialismo inglés a los centroamericanos?, le preguntaríamos nosotros a Kipling. Con toda seguridad él nos contestaría que los beneficios fueron enormes: un ferrocarril abrumadoramente costoso, las economías del enclave bananero y la mala costumbre de decir que sí a todo lo que viniera del extranjero.

Posiblemente la obsesión por la conquista empujó a los españoles al saqueo, a la humillación y a la devastación más aterradora que uno pueda imaginarse en los inicios de la modernidad, pero los ingleses o los franceses jamás podrán preciarse de haber hecho lo contrario. Por eso la pose santurrón de Kipling resulta, para decir lo menos, desalentadora. Con el nuevo imperialismo, es decir, aquél que

52. Quesada Monge, Rodrigo. *Op. Cit.* Capítulos 6, 7 y 8.



le pertenece a la eclosión de la revolución industrial, ingleses y franceses fueron capaces de un holocausto de iguales proporciones. ¿O la diáspora de los nativos africanos, para fines de esclavitud, no debería llamarse así? Un escritor como Kipling olvida este tipo de cosas con mucha facilidad. La misma que posibilita un lenguaje cargado de eufemismos patrioterros.

Muy cerca ideológicamente de Campanella, como veíamos, Kipling y otros de estos supuestos utopistas, con sobrada frecuencia a la larga, más bien, resultaban feroces defensores de las aberraciones imperialistas en los países sometidos. No es extraño, de esta manera, que la Revolución Francesa haya descabezado prácticamente a este género literario, el utopismo, puesto que sólo sufrimiento le había traído a quienes irían a ser sujetos de los delirios monárquicos. Ese es uno de los aspectos de la utopía kipliniana que nunca se termina de mencionar. Recordemos que los nazis (1933-1945) también tenían sus sueños de dominación universal.

#### KIPLING Y QUIROGA: EL CONTRASTE INEVITABLE

Alguien dijo por ahí que Horacio Quiroga (1878-1936) era el Rudyard Kipling de la literatura hispanoamericana. Si la comparación le hace justicia o no, es un asunto que realmente le compete analizar a los estudiosos de las letras en nuestro continente<sup>53</sup>. Lo que definitivamente es enojoso es el posible sesgo ideológico que pueda tomar un juicio como ese, puesto que si de algo es difícil acusar a Quiroga es de haber asumido jamás posiciones pro imperialistas, o en favor de ninguna manifestación de totalitarismo. De hecho, varios dictadores de los dos países que lo reclaman como suyo: Uruguay y Argentina, o lo ignoraron de una manera infame, o lo persiguieron y lo obstaculizaron por su individualismo a ultranza<sup>54</sup>.

53. Orgambide, Pedro. *Horacio Quiroga. Una biografía* (Buenos Aires, Argentina: Planeta, 1994). P. 254. El autor cita una nota necrológica publicada por el diario *Noticias Gráficas*, donde se dice: "Horacio Quiroga, nuestro Rudyard Kipling, ha muerto".

54. Martínez Estrada, Ezequiel. "El hermano Quiroga". En *A propósito de Horacio Quiroga y su obra. Horacio Quiroga. El hombre muerto y otros cuentos* (San José: Norma, 1990). Pp. 11-20.

Para Quiroga la selva era la fuerza vital más decisiva en el desarrollo humano y natural del hombre americano. Nunca fue un simple escenario, como sucede frecuentemente en el trabajo literario de Kipling. Dicha fuerza no proviene de la simple expresión instintiva de los hombres o los animales. Raramente los animales hablan en los cuentos de Quiroga,



La carga del hombre blanco. Caricatura tomada del *RAM'S HORN JOURNAL*. (Chicago), rpt. *Literary Digest* 18 (May 27, 1899).

cosa que sí es frecuente en los de Kipling, para quien es importante moralizar a los hombres a través de los animales. En Quiroga no existe esa preocupación, los animales son aceptados y comprendidos en su medio, sin sacarlos de ahí o reajustarlos para que los hombres aparezcan más civilizados por contraste<sup>55</sup>.

Muy lejos está el tratamiento de la selva elaborado por Kipling, de aquel otro hecho por Jack London (1876-1916), o por nuestro entrañable Quiroga. Algo parecido podría decirse de los asuntos atinentes al mar, maravillosamente trabajados por Joseph Conrad (1857-1924) o Herman Melville (1819-1891).

55. Quiroga, Horacio. "Anaconda" (Cuento). En *El hombre muerto y otros cuentos* (San José: Norma, 1990). Pp. 49-92.

Para Kipling la selva, o la jungla como él gustaba llamarla, fue sólo una excusa, con la que adornaría literariamente su perimida apología del imperio británico. En ningún momento, el hombre y la selva se articularon para integrar un cuadro natural de vitalidad y crecimiento mutuos.

"La naturaleza es siempre reaccionaria", decían algunos intelectuales del siglo XIX, pero en un escritor como Horacio Quiroga una

afirmación de ese talante es totalmente falsa<sup>56</sup>. Por eso el contraste es más violento cuando se piensa en que Kipling únicamente vio la selva tras bastidores. Jamás podría pedirle mentalidad de pionero, a un hombre que creyó que la selva podía doblegarse, con el simple tintineo del dinero del industrial ciudadano.

Si aceptamos que la revolución industrial produjo escritores que cantaban las bondades de la fuerza y del coraje, como los que ya hemos mencionado arriba, no se debe olvidar que Kipling no encaja ahí, puesto que su enfoque se sustenta en la creencia de que la barbarie finalmente obedecerá a la civilización, léase a la civilización capitalista. En los escritos de London o Quiroga, este problema no lo es, ya que para ellos daba lo mismo fundar un teatro de la ópera en la ciudad de Manaus en Brasil, o silvar la Segunda Rapsodia de Liszt en lo más profundo de las selvas del Uruguay. Estas paradojas eran intolerables para Kipling, quien como buen ideólogo burgués, entraba



La carga del hombre pobre. Por André Bowles. THE BROAD AXE (St. Paul Minn.). (March 9, 1899).

en pánico ante los desórdenes de la vida de los emigrantes y pioneros europeos, que se arriesgaron a viajar a las selvas de América, en busca de una nueva vida, diferente a la que el capitalismo les ofrecía, y que el imperialismo se encargaría de echar por los suelos con la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Esa tragedia Kipling la vivió, pero no la imaginó, puesto que jamás se le ocurrió que la ley de la selva terminaría por ser el corolario con el que el imperialismo del

siglo XIX terminaría sus días. La ironía terminó por dejarlo casi sin lectores. Junto a él, otros nombres como los de *Emilio Salgari* (1863-1911) o *James Fenimore Cooper* (1789-1851), seguirán siendo un reto para todo lector que no se contente con un tratamiento de la selva que no va más allá de la simple dimensión metafórica. Quiroga, con su obsesión casi bancaria por el idioma, buscó tanto la economía expresiva que sólo nos dejó la selva seca y ardiente, llena de angustias, sonidos exóticos y esa perenne amenaza de locura y muerte que habita en ella. Nada de esto puede decirse de Kipling. Quiroga le cantó a la vida que palpita en las junglas y los torrentes de América del Sur. Lo tenía sin cuidado si su canto iría a convocar a los dioses de la civilización o no. Para Kipling la invocatoria de las divinidades de la civilización, es decir, aquellas alojadas en los jardines del palacio de Westminster, no podía posponerse más, al menos en el caso de la India. Finalmente, la Primera Guerra Mundial lo obligó a cambiarle los perfumes a los saumerios que preparaba,

56. Orgambide, Pedro. *Op. Cit.* P. 192.



La carga del hombre blanco. DETROIT JOURNAL, rtp. *Literary Digest* 18. (Febr. 18, 1899).

para un imperio que venía en crisis desde hacía rato. En la India, el tiro de gracia se lo dieron en 1947. Pero esa, como diría el mismo Kipling, es otra historia.

## EPILOGO

Resumamos entonces:

1. Con el mayor candor del mundo, un escritor del calibre de Rudyard Kipling nos recomienda, a raíz de la invasión norteamericana de Filipinas y de los acontecimientos de 1898, que la mejor vía para llegar hasta los aborígenes de los países de África, Asia y América Latina, es haciéndoles entender lo beneficioso que puede resultar estar al servicio de los poderes imperiales.
2. El ilustre escritor británico, nacido en Bombay, quien toda su vida dijo amar a la India entrañablemente, compartía el criterio de algunos intelectuales europeos contemporáneos suyos, en lo que se refiere al supuesto progreso que el capitalismo inglés le había reportado a esa gran nación. Aquí el imperialismo resultó ser pionero del capitalismo, como decía el memorable Bill Warren<sup>57</sup>.

57. Warren, Bill. *Imperialism Pioneer of Capitalism* (Londres: Verso Press. 1979). Introducción.

3. Desde sus controversias imperiales con los españoles en el siglo XVI, los ingleses siempre sostuvieron, como lo hacía Kipling, que la carga del hombre civilizado residía en hacerle entender al bárbaro lo equivocado que estaba de amar tanto a la selva. A Kipling le hubiera encantado darle una lección así a Quiroga.
4. La barbarie se encuentra en lugares y momentos precisos, y se expresa a través de hombres y mujeres muy concretos también. Por lo tanto, los medios para su conversión deben ser de la misma naturaleza. Pero sólo imperios bien constituidos pueden asumir esa tarea con la debida responsabilidad, tal es el caso de Inglaterra y de los Estados Unidos.
5. Es necesario estar recordando a Roma, puesto que en sus enseñanzas radica la mejor escuela para la práctica de un imperialismo efectivo y contundente. Este sería el ideario mínimo de todo bien educado intelectual pro imperialista.
6. La literatura, finalmente, cumple un propósito esencial, dado que en su mensaje estaría lo mejor que puede ofrecer un país como Inglaterra al desarrollo de la civilización en los pueblos bárbaros.

## BIBLIOGRAFIA

- Borges, Jorge Luis y Vázquez, M.E. "R.L. Stevenson en la literatura inglesa". En *A propósito de Stevenson y su obra. Presentación de la obra de Robert Louis Stevenson. Juego de niños y otros ensayos* (San José: Norma. 1990). Pp. 29-30.
- Bourtembourg, Pierre. *Gandhi* (México: Renacimiento. 1963).
- Briggs, Asa. *Historia de las civilizaciones. El siglo XIX*. Vol. 10 (Madrid: Alianza. 1989).
- Cunliffe, Marcus. "El desarrollo de los Estados Unidos. Oportunidades y problemas de un mundo nuevo". En Briggs, Asa. *Historia de las civilizaciones. El siglo XIX*. Vol. 10 (Madrid: Alianza. 1989). Pp. 339-374.
- Fieldhouse, D.K. *Economics and Empire. 1830-1914* (Londres: MacMillan. 1984).
- Hobsbawm, Eric. *The Age of Empire. 1875-1914* (Londres: George Weindenfeld and Nicholson. 1987).
- Hobson, John A. *Imperialism* (Londres: MacMillan. 1902).
- Karshtedt, Dmitry. *Complete Collection of Poems by Rudyard Kipling* (Internet-<http://www.rit.edu/exb1874/mine/kipling/kiplingl.html>.)

- Kipling, Rudyard. *KIM* (Londres: MacMillan. 1901).
- Kipling, Rudyard. *Stalky & Co.* (Londres: MacMillan. 1899).
- Kipling, Rudyard. *The Jungle Book* (Vols. I y II) (Londres: MacMillan. 1894 y 1895).
- Lowe, Donald M. *Historia de la percepción burguesa* (México: Fondo de Cultura Económica. 1986).
- Martínez Estrada, Ezequiel. "El hermano Quiroga". En *A propósito de Horacio Quiroga y su obra. Horacio Quiroga. El hombre muerto y otros cuentos* (San José: Norma. 1990).
- Orgambide, Pedro. *Horacio Quiroga. Una biografía* (Buenos Aires, Argentina: Planeta. 1994).
- Pagden, Anthony. *Lords of all the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain, and France. 1500-1800* (Yale University Press. 1995).
- Patnaik, Prabhat. "Imperialism and the Growth of Indian Capitalism". En Owen, Roger y Sutcliffe, Bob. *Studies in the Theory of Imperialism* (Londres: Longman. 1972).
- Quesada Monge, Rodrigo. *Recuerdos del imperio. Los ingleses en América Central. 1850-1915* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional de Costa Rica. 1998).
- Quiroga, Horacio. *El hombre muerto y otros cuentos* (San José: Norma. 1990).
- Swift, Jonathan. *Los viajes de Gulliver* (México: Cumbre. 1985).
- Tébar, Juan. Apéndice a la obra de Kipling *El libro de la selva* (Barcelona: Anaya. 1995).
- Thornton, A.P. "Imperios de ultramar. El siglo de la hegemonía mundial de Europa". En Briggs, Asa. *Historia de las civilizaciones. El siglo XIX*. Vol. 10 (Madrid: Alianza. 1989). Pp. 303-338.
- Ugarte, Manuel. *El porvenir de América Latina* (Buenos Aires, Argentina: Editorial de Indoamérica. 1953).
- Warren, Bill. *Imperialism Pioneer of Capitalism* (Londres: Verso Press. 1979).
- Zwick, Jim. *Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935* (Internet-<http://www.accinet.net/fjzwick/all98-35.html>. 1996).

**APENDICE.  
TRES POEMAS DE RUDYARD KIPLING  
(1865-1936)**

**HIMNO DE DESPEDIDA  
(Oda victoriana)**

*Dios de nuestros mayores, desde siempre,  
Señor de nuestras alejadas líneas de batalla,  
Cuya mano nos deja mantener  
El dominio de las tierras de palmeras y de pinos.  
¡Señor Dios de las huestes, acompáñanos,  
para no olvidar, para no olvidar!*

*Han callado el tumulto y los clamores,  
Se han alejado ya capitanes y monarcas,  
Aun persiste tu antiguo sacrificio,  
Un humilde y contrito corazón.  
¡Señor Dios de las huestes, acompáñanos,  
para no olvidar, para no olvidar!*

*Venidas de muy lejos, nuestras naves se esfuman,  
Entre dunas y cabos el fuego se sumerge,  
¡y he aquí que los fastos de ayer  
con Nínive y con Tiro se hacen una!  
¡Oh Juez de las Naciones, perdónanos de nuevo,  
para no olvidar, para no olvidar!*

*Ya ebrios de poder, soltamos nuestras lenguas  
Ferozes que han dejado de temerte,  
Y somos bravucones, como son los gentiles,  
O razas inferiores y sin ley.  
¡Oh Dios de las huestes, acompáñanos,  
para no olvidar, para no olvidar!*

*Para esas impías almas, que ponen su confianza  
En un humeante tubo y un trozo de metal,  
Para el valiente polvo y que se junta al polvo,  
Y los llamados de alerta que no guardan de Ti,  
Para esas delirantes vanaglorias y verbos sin  
/sentido,  
¡misericordia, Señor, para tu pueblo!  
Amén.*

(Traducción de Carlos Francisco Monge).

## LA CARGA DEL HOMBRE BLANCO

Tomad esta carga del hombre blanco.  
Enviad vuestras crías mejores;  
Forzad a los hijos al exilio  
Para cumplir las urgencias de vuestros  
/prisioneros,

Y para obedecerles, como un pesado yugo,  
A unas tribus hostiles y salvajes;  
A esos pueblos ariscos, apenas capturados,  
Medio demonios y medio niños.

Tomad esta carga del hombre blanco,  
Quien estoico resiste  
Y oculta los apremios del terror,  
Y refrena su orgullo  
Con palabras abiertas y sencillas,  
Y cien veces más simples,  
Quien se esfuerza y quien busca  
El favor y el provecho a los demás.

Tomad esta carga del hombre blanco,  
Sus guerras ensañadas por la paz,  
Saciad las bocas hambrientas,  
Anhelad el fin de las enfermedades;  
Mas cuando estéis muy cerca de la anhelada meta  
En pro de los demás,  
Veréis a la Pereza y a la pagana Sevicia  
Lanzar las esperanzas a la nada.

Tomad esta carga del hombre blanco.  
Olvidad para siempre los reinos de artificio;  
Y asumid el trabajo del siervo y el trapero,

La historia de las cosas cotidianas.  
No accederéis a los puertos,  
No pisaréis los caminos,  
Tendréis que construirlos con vuestros vivos  
Y señalarlos con los muertos.

Tomad esta carga del hombre blanco,  
Y así mereceréis ese maldito premio:  
La acusación de vuestros inferiores,  
El odio de vuestros protegidos,  
Las quejas de quienes conducís  
(¡tan laboriosamente!) hacia la luz:  
"Oh amada noche egipcia,  
¿por qué nos libran de la esclavitud?"

Tomad esta carga del hombre blanco,  
No oséis rebajaros,  
Ni clamar demasiado por la libertad,  
No más para ocultar vuestro cansancio.  
Por todo lo que gritáis o susurráis,  
Por lo que habéis dejado o habéis hecho,  
Aquel arisco pueblo silencioso  
Juzgará a vuestro Dios y a vuestro ser.

Tomad esta carga del hombre blanco,  
Olvidad esos tiempos de la infancia,  
Los laureles ganados sin gran merecimiento,  
Los fáciles elogios sin rencores.  
¡Ya se acerca inquiriendo por vuestra madurez,  
y durante estos años ingratos  
de costosa sabiduría,  
el impávido juicio de vuestros semejantes!

(Traducción de Carlos Francisco Monge).

## UN ESTADOUNIDENSE

*Habla el espíritu estadounidense:*

*Cuando el dócil huelguista lo ve como una huelga,  
Y todos los periódicos lo ven como una guerra,  
No conocen muy bien cómo soy yo,  
Ni cómo ha sido él, mi Reencarnación.*

*A lo largo de muchos caminos, en los que yo he  
/reinado,*

*El arrastra sus pies de una manera cósmica;  
Y es que él es el bufón, también la bufonada,  
El que a sí mismo se aplica el libreto.*

*Vive el celta en sus manos y en su corazón;  
El galo en su cerebro y en sus nervios,  
Y en él, en plan cosmopolita,  
Se conserva la seca reserva del Pielroja.*

*Ofrece generoso su vieja chimenea  
Desde Labrador hasta la Guadalupe;  
Y cuando sus amigos ingratos lo desprecian,  
Se aloja, disgustado, afuera en el portal,*

*Con mirada serena, se mofa de la espada y la  
/corona,*

*O, de pánico ciego, ataca y asesina;  
Insolente le pide al mundo que lo alabe,  
O reverente implora migajas de alabanzas;*

*O, melancólico, entre las minas o entre los  
/mercados,*

*Unge a sus lóbregos hermanos reyes.  
Están negras sus manos de sangre, pero su  
/corazón*

*Como el de un niño salta por las cosas pequeñas.*

*Mas de entre sus cambios de un humor a otro  
/humor*

*Mi más profundo talante ileso lo rescata.  
El cínico demonio de sangre  
Que le pide burlarse de su alma fugitiva;*

*Que lo obliga a romper con las leyes que ha hecho,  
Que lo obliga a hacer leyes para poder romperlas;  
Hasta que, aturdido por tantas dudas, despierta  
Estruendosos cañones... que no dudan, no dudan,*

*Que lo frena de la violencia y de la candidez,  
Que se ríe cuando estalla su más profunda ira,  
Que dora el lodazal de su abatimiento,  
Mas opaca las luces de sus aspiraciones;*

*Y siempre inoportuno, con su voz estridente,  
El acre júbilo asiático  
Que lo deja abandonado entre sus muertos,  
Escándalo de las antiguas tierras.*

*¿Cómo se libraré?; ¿y cómo alcanzará  
vuestra frontera, u optará por una firme defensa?  
¿Un hermano poseedor de una lengua extranjera  
mas carente de intérprete?*

*El saber esto lo desconcierta un poco;  
Pero mientras lo asedia la Reprobación  
Vuelve su rostro, sereno y astuto,  
A su hogar, al uso de las cosas cotidianas.*

*Esclavizado, ilógico, engreído,  
Saluda a los dioses conturbados, y no teme  
Estrecharles la mano de hierro a los Hados  
O juntarse a beber con el Destino.*

*¡Y helo aquí que reinando imperturbable,  
desaliñado, indigno, omnipresente,  
y discrepando de todas las ideas,  
que yo lo salvaré en el último término!*

(Traducción de Carlos Francisco Monge).